

LA PRIMERA ANTINOMIA KANTIANA: EL ORIGEN Y LOS LIMITES DEL UNIVERSO

por Hermes PUYAU (Bs. As.)

Las ciencias particulares ocupan una situación de privilegio en la imagen del mundo del hombre contemporáneo. Vemos cómo los diarios y periódicos en general, se creen en la obligación de informar sobre nuevas teorías y descubrimientos especialmente en el ámbito de la física y la biología.

Por su parte los científicos sienten la necesidad de hacer conocer al gran público sus ideas. Tanto Einstein como Planck o Heisenberg han escrito libros donde explican sus teorías, al lector no especializado.

Siguiendo esta línea de divulgación un físico publicó, recientemente, un libro de título sugestivo: "Dios y la nueva física"¹.

Se trata de Paul Davies, catedrático de física teórica en la Universidad de Newcastle, quien afirma: "Cualquier sistema conceptual que se considere en condiciones de proporcionar una comprensión del universo, debe dar alguna explicación de su origen. En una primera aproximación la elección parece clara: o bien el universo ha existido siempre (de una u otra manera) o bien todo empezó más o menos abruptamente en un instante particular del pasado"².

Pero esta alternativa es precisamente el contenido de la primera antinomia kantiana. Kant contrapone dos afirmaciones, una tesis: "El mundo tiene un comienzo en el tiempo y espacialmente (dem Raum nach) está limitado". Y una antítesis: "el mundo no tiene comienzo ni límites en el espacio sino que tanto temporal como espacialmente es infinito"³. ¿Cómo surge esta antinomia? Muchas son las interpretaciones de la filosofía de Kant. Una de ellas formulada por H. Heimsoeth insiste sobre las preocupaciones metafísicas del filósofo. Después de criticar la metafísica del racionalismo pensó elaborar su propia metafísica, a la que llama dogmático-práctica, donde tienen cabida los grandes temas que preocupan al hombre: Dios, la inmortalidad y la libertad.

¹ P. Davies, *Dios y la nueva física*, Biblioteca Científica Salvat, 1989.

² O. c., pág. 10.

³ *Kritik der reinen Vernunft*, F. Meiner, Hamburgo, 1956, pág. 454.

Sin embargo, la razón pura fracasa en su intento de dar valor objetivo a estas tres ideas. Esas antinomias muestran el fracaso de este intento en el orden de las ideas cosmológicas.

El instrumento que posee nuestro espíritu para investigar en el campo de la metafísica. “La razón —dice Kant— considerada como facultad de cierta forma lógica de conocimiento es la facultad de inferir”⁴. La inferencia es silogística: la premisa mayor establece una regla universal. La premisa menor subsume bajo la anterior “condición de otro juicio posible”⁵. Por último la conclusión aplica la regla universal al caso que se investiga.

La marcha de la razón es doble, o bien procede sintéticamente y entonces cada conclusión es premisa de una nueva; o bien analíticamente y entonces salta de condición con la esperanza de alcanzar la totalidad de las condiciones o algo totalmente incondicionado.

La razón sostiene con los mismos derechos (con argumentos igualmente válidos) que el mundo tiene un comienzo en el tiempo o que el mundo carece de él.

Esta situación de perplejidad es un síntoma de la insolubilidad del problema. La conclusión de Kant es que la razón teórica debe renunciar a sus pretensiones de ir más allá de toda experiencia.

Si nos remontamos varios siglos atrás, al momento en que Occidente recibe la obra completa de Aristóteles, nos encontramos con graves disputas sobre los temas cosmológicos: el origen del mundo, la pluralidad de los universos, etc. Las tesis del Estagirita fueron consideradas incompatibles con la Fe y en el Concilio de Letrán de 1215 muchas de ellas, condenadas.

Aristóteles sostuvo la eternidad del movimiento, pero también mostró que el movimiento depende de un Primer Motor inmóvil de quien penden “el cielo y la naturaleza”⁶.

La solución dada por Santo Tomás merece que nos detengamos en ella. En el problema del origen del universo, el Aquinate sostiene, como Kant, los límites de la razón. Pero sus argumentos son otros: no procede por vía indirecta como el filósofo de Koenigsberg. Su prueba es directa y emplea los instrumentos de la epistemología aristotélica.

Se pregunta si la razón puede decidir con respecto al origen del universo y responde negativamente. Que el universo tuvo comienzo “est credibile, non autem demonstrabile vel scibile”⁷.

⁴ O. c., pág. 361.

⁵ O. c., pág. 361.

⁶ *Metafísica*, 1072 b 15.

⁷ *Summa Theologiae*, I p. q. 46.

Santo Tomás argumenta de la siguiente manera: en la demostración científica el término medio es la esencia o la causa. Las especies reflejan los aspectos esenciales de los entes y en ellas se abstrae “ab hic et nunc”⁸ de manera que una prueba del origen de ellas y del mundo en la totalidad es lógicamente imposible, la conclusión iría más allá de las premisas.

Sabemos que Santo Tomás no pensó esta conclusión como incompatible con la posibilidad racional de probar que Dios es la causa del universo.

Las dos primeras vías muestran que la serie de causas y efectos tiene a Dios como causa incausada.

Mientras que en la sucesión de causas accidentalmente ordenadas podemos remontarnos indefinidamente, en la sucesión de causas esencialmente subordinadas (donde el efecto depende de la causa en su ser y operar) debe haber un comienzo. Este tipo de causalidad nos permite pasar de la Física a la Metafísica.

Si escuchamos a Santo Tomás y a Kant no podemos aspirar a una respuesta racional acerca del origen del mundo. Los argumentos son distintos pero en ambos casos la tarea excede a la razón. Desde sus comienzos la filosofía ha vivido en un diálogo fecundo con las ciencias, primero con la ciencia griega, luego en la Escolástica, con la Teología y en los comienzos de la Modernidad, con la ciencia natural. Con razón pudo decir Heidegger “la grandeza y la superioridad de la ciencia natural de los siglos XVI y XVII, reside en que los investigadores eran todos filósofos”⁹.

Creo que este diálogo se ha roto desde la segunda mitad del siglo XIX. Después de la crítica Kantiana, Hegel quiso reivindicar los derechos de la razón. La identidad del ser y del pensar enunciados por Parménides en los albores de la filosofía, fue llevada hasta sus últimas consecuencias.

Hegel desarrolló en la Enciclopedia una Cosmología. Con el lenguaje de la dialéctica nos relata cómo son creados el espacio y el tiempo, las dos formas puras —según Kant— que hacen posible la totalidad del universo.

Esta reivindicación de la razón cayó en el más amplio descrédito por la crítica positivista. Sólo hay ciencia de lo dado en la experiencia, ésta fue la máxima del positivismo.

La crítica kantiana a la metafísica, el fracaso de la filosofía natural hegeliana, y el auge del positivismo, relegaron el interés por la cosmología.

Los filósofos que no rehusaron el diálogo con las ciencias se hicieron positivistas. Las nuevas formas de esta corriente el

⁸ O. c.

⁹ Heidegger, *La pregunta por la cosa*, Ed. Sur, Bs. As., 1964, pág. 68.

siglo XX no puede ser considerado como una apertura de las filosofías a las ciencias. La crítica a la metafísica que los positivistas juzgaron un ejercicio insoslayable, redujo a la filosofía a ser el estudio lógico del lenguaje de las ciencias¹⁰.

Los grandes problemas de la filosofía fueron declarados carentes de sentido y toda la preocupación de los epistemólogos se redujo a lo que se llamó la reconstrucción racional de la ciencia.

Aristóteles o Kant miraban la ciencia desde sus respectivos sistemas, en cambio el positivismo quiere considerar desde las ciencias particulares lo que queda de la filosofía una vez que se han eliminado los problemas que hacen a su esencia.

Me parece acertado lo que V. Massuh afirma en su libro reciente "buena parte de la filosofía actual volvió sus espaldas a cuestiones últimas como Dios, el sentido de la vida... cuestiones que habitualmente se designaba como metafísicas. Pero mientras la filosofía los abandonaba reaparecían en la preocupación acuciante de los más grandes hombres de ciencia de nuestro tiempo... Es deseable que en esta apertura, la filosofía recupere su identidad hoy perdida, esa que constituyó su grandeza desde Heráclito hasta Hegel"¹¹.

La crisis de la mecánica clásica, a fines del siglo pasado, significó mucho más que el triunfo de la electrodinámica y la óptica: representó en definitiva el renacimiento de la cosmología.

Cuando los físicos formulan hipótesis sobre el origen del universo, se están abriendo a una problemática que puede enriquecer el pensamiento filosófico.

En el siglo XVIII se le reprochó a Newton que hubiera introducido a Dios como una hipótesis ad hoc para justificar la distribución de los astros en el espacio. En la actualidad los físicos puestos frente al origen del universo pueden preguntarse por su causa aunque esta pregunta exceda los límites del saber particular.

El segundo principio de la termodinámica y el descubrimiento de la expansión del universo dentro del marco teórico de la teoría general de la Relatividad, han permitido hablar de una historia del universo. Los físicos del siglo XX formulan hipótesis sobre el origen y el fin del mundo, lo que era impensable en el panorama de la mecánica clásica.

¹⁰ R. Carnap dijo en 1934: "La filosofía debe ser reemplazada por la lógica de las ciencias... que no es sino la sintaxis lógica del lenguaje de la ciencia". *The Logical Syntax of Language* (trad. inglesa), Little, Ford, Adams and Co., N. Y., 1959, Prólogo.

¹¹ V. Massuh, *La flecha del tiempo*, Ed. Sudamericana, Bs. As., 1989, pág. 13.

En la actualidad no hay solamente astrónomos, sino también cosmólogos¹².

La primera antonimia kantiana quiso proponernos por vía del absurdo que es imposible hablar del universo como una totalidad, sin embargo, hoy las hipótesis sobre el "Big Bang" o la muerte térmica aparecen al menos como consistentes.

Los temas metafísicos tienen una insospechada vitalidad, sus dificultades no constituyen un impedimento para que el hombre busque comprenderlos.

Siempre nos preguntaremos: ¿Qué es el ente?, ha dicho Aristóteles.

¹² Merleau Ponty Jacques: "La cosmología puede presentarse difícilmente como una simple extrapolación a partir de observaciones astronómicas, sin algunas hipótesis a priori está condenada al silencio". *Cosmologie du XX Siècle*, Ed. Gallimard, Paris, 1965, pág. 83.